

Subregionalismo y Argentina: de lo ilusorio a lo posible

Roberto Miranda *

1. Introducción

Las relaciones de la Argentina con América Latina y Sudamérica son un tema habitual en los estudios y análisis de la política exterior de nuestro país. Por supuesto que existen diversos enfoques al respecto. Un tema muy considerado, por la magnitud empírica del mismo, es todo lo concerniente a los procesos de cooperación e integración regionales. En este sentido muchas de las explicaciones sobre estos procesos, a menudo entusiastas y esperanzadas, servían para comentar la situación internacional de la Argentina y de su futuro.

Lo que aquí proponemos es diferente. Elegimos a la integración subregional como un factor de la realidad sobre el que la Argentina podría desarrollar más intensamente su política exterior en busca del reposicionamiento internacional. No partimos de la premisa de una Argentina subordinada a las vicisitudes del subregionalismo, sino de una Argentina con capacidad de iniciativa diplomática orientada a apoyar la configuración irregular de la integración sudamericana. Por ello, en este trabajo tratamos de desentrañar aquellos rasgos que tipifican al subregionalismo para analizar sobre qué elementos la Argentina debería formular una diplomacia posible.

2. El optimismo sudamericano

* UNLP. UNR. CONICET. miranda@irice.gov.ar

Mucho se ha escrito y hablado sobre los avances y retrocesos de la integración latinoamericana. Las opiniones suelen estar divididas entre aquellos que sostienen que la integración sólo ha sumado fracasos y frustraciones, y aquellos que entienden que los logros han sido importantes. Algunos hablan de que las fallas han tenido que ver, a veces, con la influencia negativa de factores externos a América Latina como la política hemisférica de Estados Unidos. Otros le han adjudicado esas fallas a la fragmentación que frecuentemente sacude a la región por obra de los propios Estados latinoamericanos. Quienes aluden a los logros han puesto el énfasis en los numerosos acuerdos intergubernamentales que sellaron los distintos países latinoamericanos en busca de una cooperación intensa, logros que muchas veces fueron criticados porque sólo quedaron en la letra de estos acuerdos. A nuestro entender, lo más destacable del proceso de regionalización ha sido el nivel de concientización que en América Latina despertó la idea integracionista, tanto en las clases dirigentes como en las sociedades civiles de los diferentes países. A menudo se dice que este nivel de concientización ha sido escaso en comparación con el proceso de integración europea. Pero el querer emular tal proceso siempre ha sido un desacierto. La magnitud de la idea integracionista en América Latina debe ser medida con respecto a su propia historia. En este sentido, no es difícil coincidir en que hubo un salto cualitativo: los países latinoamericanos han estado mucho más comprometidos con la integración de lo que estuvieron en el pasado.

Las críticas a los intentos como la Comisión Especial de Coordinación de Latino América (CECLA), Área Latino Americana de Libre Comercio (ALALC), Área Latino Americana de Integración (ALADI), Sistema Económico de Latino América (SELA), Comunidad Andina de Naciones (CAN) y Mercosur, han sido críticas justas por el empantanamiento, parálisis e ineficacia que caracterizaron a la mayor parte de estos procesos.

De todos modos, vale subrayar que muchas de estas experiencias no prosperaron de acuerdo a lo que se esperaba porque América Latina careció de relevancia internacional y sólo fue considerada para que las grandes potencias, desde la época de las independencias hasta la Segunda Guerra Mundial, sometieran a muchos de sus países a intervenciones armadas, o bien para que durante la Guerra Fría, la región sea valorada exclusivamente en términos de seguridad cuando sus necesidades y urgencias eran sociales, económicas y políticas.

Las tensiones o controversias intrarregionales que a menudo se han desatado en América Latina fueron en parte endilgadas a los pocos o nulos resultados obtenidos por la integración. De esta forma, las coyunturas críticas suelen activar un pesimismo que tiende a poner en duda la posibilidad de encauzar la idea de integración en la región. Este pesimismo ha sido habitualmente utilizado a la hora de evaluar la situación latinoamericana. Sin embargo, América del Sur, en los últimos tiempos, dio señales que en el marco latinoamericano la distinguieron. Nos referimos a que ha alentado el optimismo por la integración al encontrar vías factibles en áreas temáticas estratégicas como la energía, medio ambiente y agua dulce. Estas cuestiones han movido mecanismos de cooperación con fines técnicos y sectoriales, y lo más importante es que revelaron un interesante nivel de concientización de los países sudamericanos en torno a la integración subregional. Esta tendencia ha marcado una diferencia significativa entre lo que es América Latina del norte y lo que es América Latina del sur.

3. La verdad sobre el multilateralismo subregional

A pesar del entusiasmo por la integración, Sudamérica no ha logrado dar los pasos sustanciales para que esta integración se apoyara en objetivos políticos estables, abarcativos de los técnicos y sectoriales. Por ejemplo, las falencias del Mercosur y las fisuras de la CAN han

sido más que una muestra de esta realidad. Por su parte, la Comunidad Sudamericana de Naciones (CSN), que surgió como un intento por aglutinar a la subregión bajo el criterio de que trascendiera internacionalmente con el fin de lograr cierta gravitación en los asuntos mundiales, ha reproducido el estilo de enhebrar esquemas de integración a partir de la débil armonía de voluntades, en lugar de una fuerte coordinación política. De esta forma, los diversos proyectos de integración han sido proyectos presidenciales sin transformarse en institucionales, negándole a la integración las estructuras y mecanismos que le serían necesarias para lograr cohesión y continuidad.

Por cierto que la mayor parte de las políticas exteriores sudamericanas ha coincidido en el multilateralismo subregional. La vocación multilateral para generar ámbitos de cooperación e integración ha sido enorme. Esta vocación se manifestó de diversas formas a través del discurso de la política regional y subregional, y también se tradujo en acciones diplomáticas concretas como en los casos mencionados más arriba. Pero ha existido un gran contraste entre la generosidad de la retórica por la integración y la precariedad de los procesos que se impulsaron para esta integración¹.

No hubo una convicción desde el multilateralismo en los momentos en que los procesos que trataban de representar la integración reclamaban de refuerzos políticos e institucionales para su consolidación y prosperidad. El ejemplo más conocido de esta realidad ha sido el del Mercosur. Sus ratificaciones como esquema de integración siempre vinieron de la mano de la diplomacia presidencial sin más garantía que las relaciones interpersonales, que sólo es una cuestión entre gobernantes².

¹ Ver, por ejemplo: Amalia Stuhldreher (2004).

² Andrés Malamud (2005: 138-164) sostiene que en el caso del Mercosur la diplomacia presidencial no alcanza para el buen funcionamiento del bloque. La falta de estructuras institucionales potencia las controversias intrarregionales y las intervenciones presidenciales, debilitando -en última instancia- al Mercosur como actor internacional. Algo similar decíamos en el II Congreso de Relaciones Internacionales (Miranda, 2004).

En nombre del multilateralismo se han consumado los progresos integracionistas en América Latina del sur. Pero en realidad el eje de este nuevo regionalismo no ha sido otro que el de la combinación de los distintos bilateralismos que se fueron estructurando a partir de la redemocratización de los países sudamericanos. Un aspecto clave por el cual los bilateralismos han sostenido la idea de la integración en la subregión, fue el hecho de que algunos de estos bilateralismos se autoconsideraron "alianzas estratégicas".

Es muy amplia y discutible la noción de alianza estratégica³. Además, las "alianzas estratégicas" que se han conformado en la subregión tuvieron distintos contenidos, por ejemplo, entre Argentina y Brasil; Brasil y Venezuela; Chile y Argentina; Perú y Brasil; Venezuela y Argentina; Chile y Brasil; Ecuador y Chile. En algunos casos se privilegió el compromiso por el diálogo político permanente sobre temas regionales y mundiales, y en otros casos se le dio primacía al tratamiento de las controversias bilaterales y a la organización de áreas temáticas comunes. Por otra parte, no sólo hubo diferencias en cuanto a los contenidos de estos bilateralismos fuertes, sino también en los motivos que los provocaron y en las capacidades para superar discordias y lograr niveles de consenso.

4. El por qué de la integración embrionaria

La idea de integración en Sudamérica no tiene misterios, todavía depende de la fortaleza de los bilateralismos. Por ejemplo, el vacío de contenidos que siguió al nacimiento de la CSN, puso de manifiesto la ausencia de multilateralismo en una instancia justamente multilateral, y cuyo destino parece estar subordinado a los entendimientos entre los países de mayor gravitación subregional. Esto no debe ser vis-

³ Al respecto es interesante el análisis del ex embajador brasileño José Botafogo Gonçalves (2005).

to fatalmente. Revela la certeza de las limitaciones que tiene la integración subregional a pesar de que la cooperación estratégica pasó a ser la práctica diplomática más importante de esta integración. Una de las preguntas que merece ser formulada es por qué desde el multilateralismo se anuncian políticas de integración que sólo van a ser sostenidas por los bilateralismos. Para una respuesta posible consideramos tres aspectos.

Primero, debemos tener en cuenta que por razones históricas y estructurales factores externos a la subregión, así como muchas veces generaron divisionismos entre los países sudamericanos, también, para cuando a estos factores les resultaba conveniente, provocaron equilibrios y facilitaron la integración convirtiéndose en garantes de estas acciones⁴. Ahora es evidente que la subregión busca desarrollar sus objetivos de manera independiente de aquellos factores⁵. Por lo tanto, la garantía de la integración sudamericana parece descansar en los bilateralismos fuertes. Vale mencionar, a modo de caso, cómo Argentina y Brasil a través de sus relaciones bilaterales han sido actores decisivos para la conservación del Mercosur y el impulso de la integración sudamericana⁶.

Segundo, los países que han apoyado la cooperación e integración subsistémica en gran medida lo hicieron en respuesta a sus necesidades y propósitos de política exterior. Por eso podríamos decir que América del Sur emergió como espacio de integración de modo indirecto. La construcción integracionista que hicieron algunos países ha tenido la apariencia de impulsar intereses regionales, cuando en realidad esta construcción fue enhebrada básicamente para satisfacer

⁴ Para Mario Jaramillo (2002), el ALCA, por ejemplo, hubiera garantizado una integración hemisférica en la que Estados Unidos iba a ser el ganador mientras que el resto, con algunas excepciones, iba a ser el perdedor. Según este autor, el ALCA estaba muy lejos de emular a la Unión Europea como para que los países latinoamericanos tuvieran expectativas fundadas en orden a una integración equitativa y justa acorde a la asimetría y desigualdad existentes.

⁵ Ver: Nicola Phillips (2003a).

⁶ Para Andy Klom (2003:351-368) los cambios en las políticas brasileñas han sido decisivos para el Mercosur. En este sentido, para este autor, las apuestas que Brasil hizo sobre el Mercosur en distintos momentos de la vida del bloque fueron las que lo sostuvieron en el tiempo.

sus respectivos intereses nacionales. Por ejemplo, la iniciativa brasileña sobre la CSN a la cual exhibió como una resultante regional⁷. En este caso, Brasilia movió sus intereses nacionales para tener un alcance regional comprometiendo a Sudamérica detrás de su liderazgo, condición que de aquí en más no podrá dejar de sostener y para ello deberá contar con la complicidad de ciertos bilateralismos, como el que tiene con la Argentina.

Tercero, el afán integracionista de algunos países ocultó la intención de mostrar al mundo cierta consistencia multilateral a través del impulso de políticas de bloque, cuando esta consistencia era bastante híbrida. La oposición al Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) prácticamente se organizó en torno a este criterio. Sabemos que la presentación de estrategias en nombre de bloques subregionales no sólo tributa a la política exterior de cada país en particular porque le suma poder, sino también estas estrategias ponen en los escenarios internacionales a un actor multilateral que supuestamente funciona como unidad política frente a terceros. Cuando los actores multilaterales que suelen invocarse no cuentan con cierto grado de institucionalización, su externalización automáticamente dependerá de algún que otro bilateralismo o grupo de países que en nombre de estos actores sostendrá las posiciones internacionales del bloque de que se trate, cuestión que en más de una ocasión ha sucedido en América del Sur⁸.

⁷ Una opinión al respecto afirma que "al menos dos objetivos de la CSN -el acuerdo comercial y el desarrollo infraestructural- favorecen los intereses de los empresarios brasileños y les permiten alcanzar buenas ganancias en dos etapas: ahora, mediante contratos de construcción y, más adelante, abarataando el costo flete y disminuyendo el tiempo de envío para sus productos industriales y agrícolas hacia los países andinos" (Giacalone, 2006:81-82).

⁸ Para algunos, el tema no pasa por contar con estructuras institucionales comunes a las cuales consideran "una huesera diplomática o una renta política destinada al pago de favores" (Escobar Sepúlveda, 1993). Sin embargo, para no teorizar en torno a lo conocido, vale citar que la Comisión de Asuntos Exteriores del Parlamento Europeo le ha reclamado, recientemente, a los países latinoamericanos la necesidad de que todo bloque se institucionalice para hacer más estable cualquier tipo de negociación internacional, sobre todo entre regiones (Sanahuja, 2006).

5. La hipótesis sobre la política argentina

Frente al subregionalismo voluble del espacio sudamericano cabe preguntarse que debe hacer la Argentina si consideramos que, por un lado, desde 1983 le ha dado continuidad a la política de integración y, por el otro, se ha propuesto reposicionarse internacionalmente después de las consecuencias externas de la crisis de 2001. Una primera respuesta es, justamente, que la Argentina debería participar en todos y cada uno de los procesos relacionados con la integración sudamericana, siendo esta participación uno de los ejes fundamentales para que el país recupere cierto nivel de inserción, tanto en el ámbito regional como en el internacional.

No es mucho lo que el país puede ofrecer desde la situación internacional decreciente en la que se encuentra desde hace años. Por ello, una segunda respuesta, obviamente vinculada a la anterior, es que la Argentina debería tender a salvaguardar los grados de integración que vaya alcanzando el espacio sudamericano. Está la posibilidad de que compatibilice iniciativas diplomáticas tendientes a impulsar, sostener o mejorar la cooperación e integración subregional. Pero esto implica, inevitablemente, una ilusión política muy amplia que la Argentina no está en condiciones de concretar. De manera que las iniciativas diplomáticas deberían ser pensadas en términos de lo posible; de lo que el país efectivamente puede proponer o realizar.

Un elemento fundamental para pensar lo posible es el aceptar la forma en que funciona el regionalismo sudamericano⁹. Es decir, el tratar de comprender que en los bilateralismos existen mezquindades que ocupan un lugar más que destacado en la presente regionalización a la que estos bilateralismos sostienen, y que la suerte de los mismos es una amenaza endémica para el multilateralismo.

⁹ Una pista que merece ser tenida en cuenta más allá de algunas diferencias, es la que plantea Nicola Phillips (2003b: 217-234), principalmente en las observaciones que realiza alrededor de la relación del regionalismo mercosureano con los procesos domésticos.

Precisamente, para la Argentina, el tener en cuenta este aspecto de la realidad sudamericana sería significativo en la medida en que debería impedir que cualquier mezquindad nacional emergente de la relación bilateral, resulte funcional a acciones diplomáticas escisionistas impulsadas por países extra subregionales. En otras palabras, la preservación que la Argentina podría realizar de los grados de integración que vaya logrando América del Sur arranca con la misma preservación de los bilateralismos existentes, a pesar de las razones o de los intereses nacionales por los cuales estos han sido movilizados o conservados.

6. La importancia de las percepciones

Vale pasar revista a los bilateralismos fuertes que la Argentina ha enhebrado en estos tiempos y que como afirmamos más arriba, junto a otros, constituyeron la base del multilateralismo de la integración subregional. Uno de estos bilateralismos, y tal vez el más importante de todos, es el vinculado a las relaciones con Brasil. Por supuesto que sobre estas relaciones se podrían realizar análisis diversos desde distintos ángulos en vista de lo mucho que han recorrido ambos países desde sus respectivas redemocratizaciones. Pero merece destacarse qué es lo que se mueve en torno a este bilateralismo, y a los otros que comentaremos, y que no debe dejar de ser percibido por la Argentina a la hora de las mutuas diferencias, para que estas -justamente- no deriven en eventuales escisiones.

Más allá de las coincidencias y estrategias conjuntas, una de las razones principales de la preferencia bilateralista de Brasil ha sido la de apoyarse en Argentina para aumentar su poder de negociación internacional como potencia regional en ascenso; mientras que una de las razones fundamentales del ánimo bilateralista de Buenos Aires tuvo que ver con la incontrastable dependencia comercial con el vecino

país. En efecto, Brasil es el principal destino comercial de la Argentina y en los últimos quince años, en promedio, le compró anualmente por un total de 4.873 millones de dólares de bienes¹⁰. Por ejemplo, esta dependencia comercial de la Argentina con Brasil se volvió vital para el sector externo de nuestro país después de la crisis de 2001. Asimismo, también a título de ejemplo, para Brasilia fue crucial el acompañamiento diplomático de Buenos Aires en la Ronda Doha de Cancún en 2003, como en la oposición al proyecto norteamericano del ALCA. Por un lado, el interés de una apuesta política y, por el otro, el interés de la supervivencia económica, se han combinado en este bilateralismo argentino-brasileño, combinación que si bien hizo posible la integración, al mismo tiempo explica que el compromiso por esta integración se desplaza en clave relativa y endeble. Algo similar se podría decir con respecto a los bilateralismos con Chile y Venezuela.

Por supuesto que el bilateralismo con Chile tiene una lectura diferente a la que se hace con el que se sostiene con Brasil. Santiago, con su política de "Free Rider" y de inserción diversificada, ha considerado a la Argentina como un actor necesario para aumentar su involucramiento regional a pesar de la historia de diferencias entre ambos países, básicamente sesgada por cuestiones culturales¹¹. Tanto la integración física e infraestructural, como los flujos de intercambio y de inversiones en territorio argentino, han sido los aspectos fundamentales que los sucesivos gobiernos chilenos han esgrimido para justificar el lazo estratégico con su vecino trasandino. La Argentina también ha impulsado estos aspectos por razones de obvia conveniencia.

¹⁰ Ver tesis de grado de Karen Blanc (2006).

¹¹ Es oportuna y representativa la expresión del chileno Cristián Fuentes (2006) sobre las diferencias entre Argentina y Chile desde el punto de vista cultural. Al respecto dice: "Es indispensable reconocer que somos diferentes, por lo que la unidad debe darse en la diversidad. En Chile prevalecen el Estado y un sello de juridicidad que impone siempre lo necesario, sin obviar que muchas veces sirve más para ocultar lo que nos da pudor ventilar en público, o para dejar sin resolver ahora lo que se podrá quizás superar mañana. Argentina, en cambio, es el reino de lo posible, donde todo se muestra, se disfruta y se improvisa, la sociedad es más fuerte que las instituciones y las palabras se las lleva el viento". Por otra parte, sobre algunas consideraciones relacionadas con la política internacional chilena, ver: Marieke Riethof (1999:1049-1059).

Pero en el primer plano de su relación bilateral con Chile ha aparecido otro motivo como fue el de tratar de descomprimir la dependencia comercial con Brasil, cosa que en los años de crisis lo consiguió parcialmente. En este sentido, la valoración que la Argentina hizo de Chile se inscribió en el marco del interés por ampliar los puntos de apoyo regionales e internacionales, opción que no ha sido nada fácil y que en esta época es una obsesión gubernamental.

En este marco, la Argentina también inició un bilateralismo fuerte con Venezuela. Uno de los motores de este bilateralismo no está lejos de la pretensión argentina de restarle espacios de liderazgo a Brasil en la subregión auspiciando el protagonismo de Venezuela, sobre todo por cómo se configuró políticamente el contexto sudamericano. Sin duda que más allá de esta especulación, tanto la compra venezolana de bonos argentinos como el apoyo circunstancial en materia de venta de combustible, han sido prevalentes en las relaciones bilaterales. Pero el respaldo de Caracas a Buenos Aires ha estado relacionado con el proyecto del presidente Hugo Chávez de sumar poder subregional para trascender internacionalmente. Sin ser una potencia regional como Brasil, Venezuela ha intentado saltar un escalón internacional para posicionarse en las coordenadas más sensibles de la política mundial y la Argentina le fue útil en esta estrategia.

Como señalamos más arriba, la diplomacia argentina debería prestar una atención muy especial, hasta podríamos decir preferencial, a lo que hace el otro país con el que estableció un bilateralismo fuerte. Sobre todo, debería considerar los cambios o ajustes que realiza el otro país en torno a sus razones o intereses nacionales con el fin de que no afecten la política de integración sudamericana. Es una cuestión de percepciones que debería funcionar a través de la lógica de los intereses para advertir el lugar que ocupa cada país con el que la Argentina se relaciona, de acuerdo a los objetivos y estrategias que ese país tiene sobre el vínculo bilateral. Con este presupuesto, enton-

ces sí la lógica emocional debe ser tenida en cuenta al sólo efecto de no contrarrestar la tendencia unionista que pretende afianzarse en la subregión.

7. Una diplomacia posible

Es importante que la Argentina reconozca que la situación sudamericana se mueve en una dualidad. Por un lado, a través de la retórica de un multilateralismo flexible y generoso, y por el otro, mediante los hechos que van surgiendo de la red de bilateralismos fuertes y mezquinos que comenzó a tejerse desde 1985. Esta dualidad, teóricamente, aparenta tener direcciones opuestas, pero en términos prácticos, son funcionales a los objetivos e intereses nacionales de la mayor parte de los países de la subregión dentro de lo que es un clima de integración. El escudarse en la integración fortalece aquellos objetivos e intereses nacionales de cada país y, al mismo tiempo, permite deslizar en el contexto internacional la idea de que el bloque subregional puede ser una realidad de poder.

En este proceso tan singular, si bien la Argentina no debería abandonar las referencias teóricas sobre cómo es un proceso de integración, como tampoco subvalorar la voluntad política que muchos gobiernos sudamericanos dicen sostener a favor de un paradigma unionista, es indispensable que sus propuestas las formule a partir de las condiciones objetivas en las que se encuentra el multilateralismo subregional, siguiendo las consideraciones que esbozamos en subtítulos anteriores. En este sentido, la diplomacia argentina en lugar de concentrar sus esfuerzos y estrategias en torno a las condiciones armónicas que se han dado en Sudamérica, es fundamental que desplace estos esfuerzos y estrategias hacia lo que son las condiciones conflictivas en la subregión, desalentadoras de la cooperación y presentadas en esta época como riesgos de desintegración.

Esta política le permitiría al país convertirse en un interlocutor de la subregión, tanto hacia dentro de la misma como hacia fuera. El ubicar sus esfuerzos y estrategias en el manejo de condiciones conflictivas implicaría para la Argentina desarrollar una diplomacia prudente de acuerdo a Raymond Aron frente a las políticas domésticas dispares, y hasta muy dispares, que se configuran entre los países de la subregión, como por ejemplo ante las reacciones que provocan en algunos Estados las campañas electorales y los resultados comiciales de un país en particular.

También, la acción diplomática argentina sobre las condiciones conflictivas presentes en Sudamérica, debería orientarse hacia la conducción de cuestiones ligadas a las habituales políticas regionales contrapuestas que impulsan distintos países, como asimismo de las cuestiones vinculadas a los diversos proyectos presidenciales que intentan controlar unilateralmente a la integración subregional.

8. A modo de cierre

De acuerdo a lo que Sudamérica recorrió en estos últimos veinte años, su impronta de regionalización está más cerca de la integración que de la desintegración. De todas maneras, está muy difundido el análisis de que esa integración es inconsistente e incierta y que despierta sospechas sobre su futuro si nos guiamos por la forma en que funciona. En torno a esta cuestión tan real, la Argentina debería estructurar su política diplomática sobre la base de la idea de sostener y fortalecer la integración sudamericana desde la perspectiva amplia del unionismo.

Esto significa que la Argentina asuma una participación activa sobre las condiciones conflictivas de Sudamérica, la cual podría ser un modo discreto de construir poder a nivel subregional, ese poder que el país no debió perder. Una construcción que debería ser planteada só-

lo a partir de los supuestos clásicos de la visión autonomista, aprovechando desaprensivamente las múltiples variantes que surgen de la fuerza, riqueza e ideas, siendo estas las fuentes de poder que en la actualidad rigen las relaciones internacionales.

De este modo la Argentina lograría cierta gravitación internacional. Similar a la que supo tener cuando la política de prestigio era una de las referencias más clara que identificaban al país, con un poder que en realidad era escaso pero que sin embargo le asignaba una importante capacidad de influencia regional. Esta es una vía a través de la cual el país podría recuperar otra de las capacidades perdidas: la inserción en su contexto externo. El avanzar sobre el poder de la influencia y de la inserción subregionales no es poco, constituye una alternativa factible para el reposicionamiento internacional de la Argentina.

Referencias bibliográficas

Blanc, Karen (2006) *La inserción internacional de Argentina. Un estudio en relación a las políticas desarrolladas por Brasil y Chile*. Tesis de grado de licenciatura en Relaciones Internacionales, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario.

Botafogo Gonçalves, José (2005) "Brasil y Argentina ¿Una alianza estratégica?", *Archivos del presente*, 37:115-120.

Escobar Sepúlveda, Santiago (1993) "La política de la integración", *Nueva Sociedad*, 126.

Fuentes, Cristián (2006) "Ciclo y contraciclo en las relaciones entre Argentina y Chile", www.elmostrador.cl.

Giacalone, Rita (2006) "La Comunidad Sudamericana de Naciones: ¿una alianza entre izquierda y empresarios?", *Nueva Sociedad*, 202:74-86.

Jaramillo, Mario (2002) "ALCA: ¿Adiós al modelo de integración europea?", Madrid, *Instituto de Estudios Europeos*, Universidad San Pablo-CEU.

Klom, Andy (2003) "Mercosur and Brazil: a European perspective", *International Affairs*, 79:351-368.

Malamud, Andrés (2005) "Presidential Diplomacy and the Institutional Underpinnings of Mercosur: An Empirical Examination", *Latin American Research Review*, 40/1:138-164.

Miranda, Roberto (2004) "Diplomacia de los presidentes en el Cono Sur: el aporte de la Argentina", *II Congreso de Relaciones Internacionales*, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional de La Plata.

Phillips, Nicola (2003a) "Hemispheric integration and subregionalism in the Americas", *International Affairs*, 79:327-349.

Phillips, Nicola (2003b) "The rise and fall of open regionalism? Comparative reflections on regional governance in the Southern Cone of Latin America", *Third World Quarterly*, 24/2:217-234.

Riethof, Marieke (1999) "Labour involvement in national and regional transformation processes the case of Chile", *Third World Quarterly*, 20/5:1049-1059.

Sanahuja, José (2006) "Hacia el logro de un verdadero multilateralismo en la relación entre la Unión Europea y América Latina", Bruselas, *Comisión de Asuntos Exteriores del Parlamento Europeo*.

Stuhldreher, Amalia (2004) "La regionalización como estrategia frente a la globalización. La concepción de política exterior conjunta en los bloques de América Latina y el Caribe", *Estudios Internacionales*, 145.